

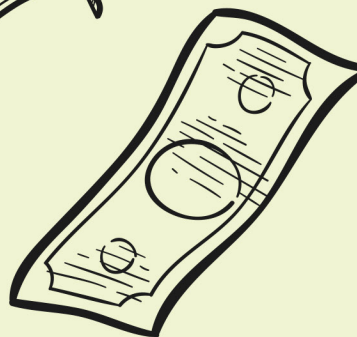
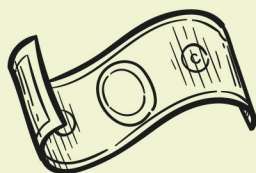


CÉSAR



AIRA

VARAMO



emecé

CÉSAR AIRA

Varamo



emecé

Aira, César
Varamo / César Aira. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Emecé, 2022.
120 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-950-04-4122-3

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2002, César Aira

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Emecé®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

1ª edición en esta presentación: mayo de 2022
2.000 ejemplares

ISBN 978-950-04-4122-3

Impreso en Master Graf S.A.
Mariano Moreno 4794, Munro, Pcia. de Buenos Aires,
en el mes de abril de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o
por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,
digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Un día de 1923, en la ciudad de Colón (Panamá), un escribiente de tercera salía del Ministerio donde cumplía funciones, al terminar su jornada de trabajo, después de pasar por la caja para cobrar su sueldo, porque era el último día hábil del mes. En el lapso que fue entre ese momento y el amanecer del día siguiente, unas diez o doce horas después, escribió un largo poema, completo desde la decisión de escribirlo hasta el punto final, tras el cual no habría agregados ni enmiendas. Para terminar de cerrar sobre sí mismo este lapso, debe decirse que nunca antes, en su medio siglo de vida, había escrito un solo verso, ni se le había ocurrido ningún motivo para hacerlo; tampoco volvió a hacerlo después. Fue una burbuja en el tiempo y en su biografía, sin antecedentes ni consecuentes. La inspiración quedó dentro de la acción, y viceversa, alimentándose una a la otra y consumiéndose entre sí, sin dejar restos. Aun así, no habría pasado de ser

un episodio privado y secreto si su protagonista no hubiera sido Varamo, y el poema resultante la celebrada obra maestra de la moderna poesía centroamericana *El canto del Niño Virgen*.

Origen y culminación de la más arriesgada vanguardia experimentalista en la lengua, el enigmático poema (que se publicó en forma de libro pocos días después, para completar el mito de lo súbito que lo ha envuelto desde entonces) ha sido repetidamente calificado de milagro inexplicable, por las insuperables dificultades de contextualización que impone al crítico o al historiador de la literatura.

Pero todo en el mundo tiene su explicación. Si queremos encontrarla en este caso, debemos recordar que así como el episodio tiene un final (el texto del poema) también tuvo un comienzo, tan simétrico como lo es el efecto a la causa, o viceversa. Ese comienzo estuvo, ya lo dijimos, en el momento en que Varamo, terminado su horario de oficina, pasó por la caja a cobrar el sueldo. Y lo que volvió un comienzo, un comienzo de algo todavía sin forma y sin nombre, a este trámite banal, fue que esa vez le pagaron con dos billetes falsos. (El monto era doscientos pesos; le dieron dos billetes de cien).

El objeto de este relato es presentar en su despliegue natural la serie completa de hechos que fue

de una cosa a la otra, desde el momento en que tomó los billetes hasta que el poema estuvo terminado. Los dos extremos tenían en común una cualidad de ajeno a su tren habitual de pensamiento. Nunca había tenido en las manos, ni visto, un billete falso; podía imaginarse perfectamente lo que era una falsificación, pero jamás había surgido cerca de él nada que hiciera pensar en su posibilidad real. Del mismo modo, nunca había escrito poesía ni la había leído, ni había prestado atención a la existencia de ese género literario, o cualquier otro. Pero una vez que pasó una cosa, pasó la otra, y entre la primera y la segunda se extendió una cadena de causas y efectos perfectamente justificada. Lo que no estaba justificado era el principio, y el fin, y ese arbitrario radical envolvió la serie y la aisló, encadenando sus causalidades internas con una lógica de hierro. Por otro lado, el carácter heterogéneo de los extremos entre sí (¿qué relación puede haber entre un par de billetes falsos y una obra maestra literaria?) creó una proliferación incontrolable de pasos intermedios. Compacto de sentido, entonces, pero amenazado desde dentro por el infinito. Salió del Ministerio abrumado por la preocupación. Se había percatado de la falsificación en el momento mismo en que el cajero le tendía los billetes, con movimientos mecánicos mil veces repetidos; pero no había atinado a nada, y

seguía en la misma perplejidad. ¿Qué hacer con esa plata, a cuyo breve radio de alcance, por lo demás, estaba limitado todo su poder adquisitivo en el lapso de un mes? Su mentalidad de burócrata le había impedido reaccionar en el momento, antes de tocar los billetes, y ahora que se los había metido en el bolsillo ya era tarde. Había sentido que en la ilegalidad de esos billetes había implícito un mandato de silencio y discreción. Como casi todos los empleados públicos, no hacía nada especial para ganarse el sueldo, al que por lo mismo consideraba una especie de dádiva, y todo su instinto había clamado por agachar la cabeza, aceptar, callarse. De todos modos era una cifra miserable, una verdadera limosna del Estado para con sus privilegiados ciudadanos de clase media que no estaban en condiciones de hacer nada productivo. Claro que ahora su estatus podía modificarse, sin salir de la esfera del Presupuesto Nacional: si lo agarraban cambiando plata falsa iba a ir preso. Literalmente no sabía qué hacer, y apenas si podía caminar: los pocos cientos de metros que debía recorrer hasta llegar a su casa se le aparecían como una nueva vuelta al mundo. ¿Qué hacer, qué hacer? Ni siquiera se le ocurrían posibilidades. Era una situación demasiado extraña. Hasta entonces en Panamá nunca se había sabido de ninguna falsificación de billetes. Además el ritmo de

emisión era muy parsimonioso, en la quieta economía del país. Pero, si era un predicamento enteramente nuevo, ¿cómo es posible que él lo hubiera captado al instante, en todas sus consecuencias? Solo podía explicarse como reactivación de una situación arquetípica, que aun alguien tan poco mundano como este tinterillo llevaba impresa en el fondo del cerebro. Y eso explicaba a su vez que lo abrumara tanto, porque podía preguntarse: de toda la humanidad, ¿por qué a mí?

Sea como fuera, había seguido moviéndose dentro de su parálisis y ya estaba en la calle. Frente al Palacio de los Ministerios del que salía estaba la plaza, centro vital de la ciudad. A esa hora el último sol de la tarde encendía los penachos de las palmeras, y debajo, en la sombra misericordiosamente fresca, hormigueaba una multitud en movimiento. Salían en oleadas los empleados de los edificios públicos que rodeaban la plaza, y la cruzaban en todas direcciones, había parejas que se encontraban, colegiales ruidosos dando vueltas, viejos tomando el aire, niños apurándose a concluir sus juegos antes de volver al hogar. Él también debía atravesar la plaza, pero antes tenía que cruzar la calle, y lo hizo con precaución: en ese momento los choferes de los jefes ministeriales encendían los motores de los autos y realizaban toda clase de maniobras para ubicarlos del modo que les

resultara más cómodo a sus patrones. El ruido era atronador, y no hacía más que sumarse al zumbido multiplicado de cientos de voces y llamados, más el coro de pájaros en los árboles, que a esa hora se desgañitaban. A todo lo cual se sobrepuso de pronto una nota aguda y sostenida, que Varamo reconoció casi sin necesidad de registrarla en la conciencia, y le hizo alzar la vista hacia el otro lado de la plaza. Por la larga avenida central pudo ver que efectivamente allí había comenzado la ceremonia vespertina del arriado de la bandera. Justo enfrente del Palacio de los Ministerios, plaza por medio, estaba la Gobernación, y de sus portales todas las tardes a las cinco en punto salía una formación de cadetes que procedían a arriar la bandera que habían izado, en una ceremonia exactamente igual pero inversa, a primera hora de la mañana. En ambas ocasiones, el lento recorrido ascendente o descendente del pabellón era acompañado por esta nota sostenida del clarín que ahora estaba dando el la del bullicio. El sonido agudo de esa única nota se hacía muy íntimo y cercano, y se independizaba de los soldaditos que vistos a la distancia parecían miniaturas, entre otras cosas por el colorido chillón de los uniformes, la postura metálica de «firmes» que los deshumanizaba, y la formalidad impecable de su arreglo personal, sin un pelo fuera de lugar, tan en

contraste con la exuberancia tropical de todo lo que los rodeaba.

Cuando cruzaba la calle, prestando la máxima atención a los autos, que se desplazaban lentísimos pero en todas direcciones, uno retrocedió y avanzó y hasta pareció ir de costado alrededor de él, casi como si se propusiera interceptarlo. Era una de las Hispano-Suiza importadas muchos años atrás por los franceses, un enorme aparato negro de ocho metros de largo que carraspeaba y tocaba la bocina y parecía encarnizado con él. En la tensión nerviosa en que se encontraba, tuvo un momentáneo sobresalto de alarma, como si un extraño monstruo mecánico lo hubiera tomado por presa. Pero cuando se decidía a rodearlo por entero, poner distancia y llegar al fin, con una carrera si era necesario (y ya estaba reuniendo el impulso para correr), a la acera de la plaza, quedó al lado del asiento del chofer y vio que este le estaba gritando. Se congeló. Le estaba hablando a él, y los raros movimientos del auto debían de haber tenido por objeto ubicarse a su lado; él mismo los había hecho más inexplicables en su intento de seguir de largo. Saludó al hombre con una sonrisa nerviosa, pero en el acto de reconocerlo otras varias alarmas lo asaltaron. Los motormen de los ministerios eran una cofradía de quinieleros que tomaban a crédito las apuestas de empleados como él.

Y Varamo sufría de una seria amnesia con sus deudas de juego, por lo que no podía sorprenderle que le recordaran una en el momento menos pensado. No sería raro que fuera el caso, ya que estos sujetos debían de saber que hoy era día de pago y que él tenía plata en el bolsillo. Pero justamente... Y sin embargo no: cuando al fin logró entender lo que le estaba diciendo, vio que se trataba de lo contrario. Quería pagarle un dinero ganado con los números; no ganado por él sino por su madre, que era una contumaz jugadora y no perdía ocasión de «hacer» unos números soñados o calculados, todos los días, cuando venía a la zona de la plaza a hacer las compras o charlar con sus amigas. Esta vez había ganado algo, y el pasador quería enviarle el premio con el hijo; era un tanto irregular usar un intermediario pero la misma irregularidad del juego clandestino producía estas repentinas urgencias por pagar todas las deudas, cobrar todos los créditos, quedar en cero, y empezar de nuevo. Demasiado aliviado para protestar, Varamo estiró la mano y tomó lo que le estaba dando el chofer, que era su propio capitalista.

Solo entonces el pesado automóvil terminó de avanzar, o retroceder, y él pudo seguir en línea recta hasta la acera. Solo cuando estuvo allí miró lo que había apretado nerviosamente con la mano, y vio que era un billete de un peso, desteñido, tan viejo y sobado

que ya ni siquiera se arrugaba, y, envolviéndolo, un papel, una hoja de cuaderno doblada en dos. En esta el quinielero había anotado la jugada ganadora, seguida por las combinaciones que no habían acertado, más el balance de pérdidas y ganancias. Varamo estaba acostumbrado a servirle de correo a su madre en estas maniobras, por lo que no se molestó en echarles a las anotaciones más que una mirada distraída antes de meter todo en el bolsillo y olvidarse. Pero era un documento interesante, y habría dejado perplejo a un observador no iniciado. Por lo pronto, en el papel no había un solo número, pese a que no se trataba de otra cosa. La prudencia hacía que estos hombres recurrieran a un código, y cada número era representado por una palabra. El papel tenía el aspecto inocente de una carta, de sentido incoherente y escrita en torpes letras de imprenta; semianalfabetos, estos choferes se habían hecho escribir una tabla modelo, y copiaban de memoria, con todas las imaginables deformaciones. Si fuera él el jugador (y a veces lo era), habría descartado esa rendición de cuentas y habría confiado en la buena fe del pasador, pero sabía que su madre se pasaba un buen rato descifrando el galimatías, y no quedaba satisfecha hasta no haber confirmado que cada jugada se ajustaba a sus intenciones originales, y a los mandatos del azar.